

— Eso es en la intimidad, de V á mí: ella no me admitirá tal vez por amiga suya. Créame V.; por hoy recíbala V. sola; es la visita de boda, ó como si dijéramos, de ceremonia, la que viene á hacer á V., y no es justo imponerle mi presencia. En sociedad el guardar ó no ciertas fórmulas nos conquista ó nos enajena las simpatías. Adios, querida mia; yo no tardaré en volver á ver á usted. Hasta entónces dos cosas le encargó: prudencia y resignacion; esté V. segura de que es el camino más fácil para la mujer.

Felicia, para sustraerse á los ruegos que aún esperaba de mí, me abrazó con ternura y salió.

## X.

## UNA BELLA ENEMIGA.

Al quedar sola fué cuando verdaderamente me decidí á tener valor.

A pesar de mi oposicion á ver á la Vizcondesa, sentía como una ánsia amarga y profunda por verla, por estudiar su traje y sus maneras.

Gracia habia pasado por delante de mí como una luminosa aparicion. Atribuyendo á desamor la falta de rendimiento de mi marido y exagerándome al mismo tiempo la pasion que habia dedicado á la Vizcondesa, me habia dicho, en las horas de mi soledad, que si yo no era amada, era porque carecia de mérito para ello, y

que sólo era una niña simple, más que inocente; torpe y ruda más que sencilla.

Anhelaba, pues, el fatal aprendizaje del coquetismo, como si hubiera sido la mayor de las virtudes ó el camino de la felicidad suprema: anhelaba ver á Gracia, imitarla, y quizá entre los sueños de mi imaginacion calenturienta, pasó tambien el deseo de hacerme mi córte de galanteadores sólo para dar celos á mi marido.

Pero todas aquellas ideas, que fermentaban en mi cabeza cuando en la triste soledad de mi estancia dejaba errar el pensamiento, y la imaginacion enfermiza y hambrienta se alimentaba de quimeras, cayeron al suelo como el castillo de naipes que forma un niño, al decirme que aquella Gracia tan envidiada, y á la que habia dedicado tantos pensamientos, se hallaba allí.

La aversion, el temor, y como una especie de terror pueril se disputaron mi razon, y en tanto que allí estuvo Felicia, quise, á pesar de sus razones, dar órden muchas veces para que le dijese Justina que no recibia. Sin embargo, al verme sola me decidí á arrostrar el peligro, y me acerqué al espejo para ver si estaba en lo posible el que no se burlase de mí.

Me hallé pálida, delgada, casi marchita: mi marido habia tenido la crueldad de hacer con su indiferencia el mismo estrago que podian haberme hecho grandes pesares.

Arreglé mis cabellos lo mejor posible, atendida la premura del tiempo, y cambié mi bata, que hacia algunos dias no dejaba, por un traje de seda sencillo y elegante.

Hecho esto, me dirigí al salón, no sin que mis piernas temblasen y sin que mi corazón palpitase aceleradamente.

El salón, arreglado con inteligente celo por Justina, que era una muchacha de talento poco común, estaba á una media luz, que hacía resaltar los ricos dorados y el tallado de los muebles; algunos ramilletes de frescas rosas y azucenas le cargaban de perfumes.

Las paredes estaban vestidas de seda oscura: en el fondo se destacaba la seductora figura de la Vizcondesa.

Vestia un precioso traje claro, y esta circunstancia, y la de alumbrarla un rayo de sol que penetraba por una persiana entreabierta, hacían que apareciese resplandeciente de luz y de belleza.

Al verme se levantó y dió dos pasos para encontrarme, estrechándome la mano.

Al verla yo de cerca quedé estática y muda de pasmo y admiración.

Me pareció allí aún mucho más bella que en el teatro, y era que su belleza ganaba mucho con ser contemplada de cerca.

Ya he dicho que llevaba un traje de seda de color claro; cuyo adorno, compuesto de ricos encajes negros, era de un buen gusto y de una delicadeza extremada.

Una ligera manteleta y un sombrero blanco muy sencillo y que dejaba escapar gruesos rizos que descendían por sus hombros, completaba la *toilette* de Gracia, que era la más elegante y seductora que se puede imaginar.

Un delicado perfume se exhalaba de su traje; sus ma-

nos mostraban su pequeñez, á través del delicado guante que las cubría; la cola de su traje era extraordinariamente espléndida por su amplitud, lo que daba á su estatura, que no pasaba de mediana, una graciosa majestad.

Yo era más pequeña que la Vizcondesa, más delgada—después he crecido aún bastante—estaba pálida, triste, ajada por el llanto y por el acerbo dolor á que me había entregado. Ella estaba fresca, hermosa; risueña, coqueta, elegante, dueña de sí misma, y segura de su mérito en una palabra.

Me examinó con una atenta mirada, y luego creí percibir en sus ojos como una expresión de triunfo.

—Mi querida Condesa, me dijo, con una viveza cordial y amable; veo que está V. desmejorada, triste, y confieso que esto me extraña en su luna de miel. ¿Qué le sucede? ¿Apostaría cualquier cosa á que se deja abatir por la ausencia de su padre!

—En efecto, señora, le respondí: siento la ausencia de mi padre, del que jamás me he separado; por lo demás, soy muy feliz.

—¿De veras? preguntó mirándome con cierta sonrisa maliciosa.

—¿Qué motivo tiene V. para dudarlo?

—¿Ha perdido ya el Conde aquella independencia de carácter que, como le decía yo, debía de hacer de él tan detestable marido? Temo que no, por cuanto á V. jamás se la ve.

—Eso, señora, es efecto de mi carácter más bien que del suyo.

— No hallo ninguna dificultad en creerlo, dijo la Vizcondesa; hubo un tiempo en que yo gustaba también de estar en mi casa... de la música... del dibujo... eso era cuando yo era dichosa... porque de esas cosas, sólo gustan las mujeres felices.

Al hablar así, una nube de tristeza fué invadiendo rápidamente las facciones de Gracia, tan alegres y animadas poco ántes.

— ¡Cómo! exclamé yo, dejándome llevar de mi sorpresa: ¿No es V. ahora dichosa?

— ¿Quién? ¿Yo? Sí... sí... ¿quién lo duda? exclamó Gracia como si despertase de un sueño: ¡Sí, soy feliz, soy libre... soy del todo dichosa...! ¡Sólo quería decir que lo he sido más!

— ¿Cuándo, señora? ¿No está V. ahora halagada y admirada por todos? ¿No es V., como dice, perfectamente libre?

— ¡Sí! y sin embargo, era más feliz en los primeros tiempos de mi enlace.

— ¿Amaba V. al Vizconde?

— Le amaba y era digno de ello... después... Después hizo lo que todos los maridos... ¡Ay, amiga mía, usted no sabe aún lo que es un marido! ¡Ya lo sabrá V. más adelante!

— ¡Ya lo sé hoy! repuse levantando la cabeza con orgullo, y gozosa de poder humillar á aquella mujer. Ya sé que un marido es el más firme apoyo que se puede hallar en el mundo, el compañero más fiel, el sosten más decoroso; todo eso lo sé, señora.

— ¡Habla V. lo mismo, ni más ni ménos, que yo ha-

blaba hace seis años! repuso Gracia con acerada sonrisa. Hoy no pienso así con respecto á los esposos!

— ¡Tendrá V. quejas del suyo!

— ¡Muchas, no lo niego!

— ¡Yo no tengo ninguna del mio; espero no tenerlas nunca, y, aunque las tenga, nadie lo sabrá jamás!

Era tan hiriente esta contestacion, que otra mujer de ménos mundo que la Vizcondesa no hubiera sabido qué responder; pero ésta era tan serena, y estaba dotada de tal experiencia y de tanto talento, que aunque se desconcertó y mucho al principio, se recobró al instante; dejó aparecer de nuevo sobre sus labios una tierna sonrisa, y dijo tomándose la mano con afecto:

— ¡Querida Condesa, es V. una niña, y tiene todo el orgullo de la inocencia y de la virtud! ¡Usted lleva aún ceñida la frente con las blancas rosas de la inexperiencia; yo llevo ya el corazón herido con las espinas del desengaño! Pero dejemos esto, que el mal, si ha de venir, ya llegará demasiado pronto. ¿Por qué no sale V. de su casa? El gran mundo extraña que no asista á los salones, á los teatros... Bueno es consagrar algún tiempo á las dulzuras del amor, pero no la vida entera. ¿Por qué no se muestra V. como un astro radiante y encantador?

— Mi abuela ya no sale, observé yo, y tengo tan pocas relaciones todavía...

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando me habia arrepentido de ellas; podian provocar una invitacion de parte de la Vizcondesa, y en efecto la provocaron.

— No es extraño, dijo ella, que V. cuente aún muy

pocas señoras conocidas. Se casó así que apareció en el mundo, y no ha frecuentado la sociedad. ¿Quiere usted venir esta noche conmigo á la Ópera?

Quedé aterrada á la idea de presentarme en público, y casi por la primera vez despues de mi enlace, con una mujer de reputacion tan equívoca como la Vizcondesa de Torrefiel; recordé que habia visto su palco lleno de hombres, y que éstos la trataban, si bien con mucha galantería, sin aquel respeto que siempre he creído debe rodear á la mujer.

Sin duda se debió pintar en mi rostro una expresion así como de terror, porque Gracia exclamó:

— ¡Dios mio! ¡Cualquiera creeria que he propuesto á usted una cosa inaudita! ¡Se ha quedado V. pálida! Vamos, añadió con cierta amargura concentrada; no hay nada de lo dicho... y sin embargo, crea V. que nada se gana en rehusarme por amiga!

— Señora, repuse, yo no la rehuso á V. por amiga, sino que no sé si me será posible ir y...

Mi turbacion crecia al ver la mirada de la Vizcondesa fija en mi, con insistencia y con una especie de impaciencia amarga.

—Vamos, está dicho, repuso ella al ver que yo me detenía confusa. No me quiere V. por amiga. ¿Qué tiene esto de extraño? No se mandan las simpatías, y yo no me quejo de que V. me niegue las suyas para la intimidad. Es decir, que no podré ser para V. lo que deseaba... ¡Paciencia! ¡Tanto peor para mí... y para V. también!

El modo con que dijo estas palabras me llenó de pavor; yo comprendí en ellas estas otras:

«¿Me rehusas? ¿Me desprecias? ¿Tanto peor para tí! Voy á ser desde ahora tu más irreconciliable enemiga; tu contrária más encarnizada.»

Permanecí, pues, sombría y meditabunda, á pesar de ver recobrar á la Vizcondesa su jovialidad natural, y hablar de mil cosas, como si hubiera ya olvidado el desaire que yo acababa de hacerle.

Sus modales elegantes escogidos, y á la vez llenos de dulzura y amabilidad, me encantaban. Hablaba de todo con esa gracia y ligereza que es la verdadera amenidad de la conversacion, y que seduce tanto más cuanto ménos se sabe imitar.

Aun hablaba conmigo, cuando entró mi marido; la saludó con política y frialdad, y luégo, dirigiéndose á mí me dijo:

— Querida Valeria, la señora Embajadora de Austria y la señorita Federica me han dado el encargo de invitarle para que asistas con ellas al teatro esta noche.

—Veo, querida mia, que es V. la favorita de la suerte, dijo la Vizcondesa levantándose. Hé aquí que cuando acaba V. de rehusar mi invitacion llega otra que creo no dejará de admitir.

—Señora, dije cobrando un poco de valor con la presencia de mi marido, y orgullosa tal vez de poder humillar á aquella mujer delante de él. La Embajadora es la primera señora á quien fuí presentada por mi abuela al aparecer en el mundo, y no puedo negarme á complacerla.

—Eso está muy en el órden, querida Condesa. La Embajadora es vieja y fea; su hija no es bonita: así, pues,

su reputacion es excelente, en tanto que yo estoy tachada de algo loca... No lo niego, ni me admiro de estas preferencias. ¡Qué remedio! De algun modo hemos de pagar el delito de no espantar y el título de amables que los hombres nos conceden. Voy á dejar á V., querida Condesa, porque necesitará prepararse para sobresalir al lado de esos vestiglos, aunque poco necesita para eso. Sin embargo, permítame V. que le aconseje el dejar ese aire afligido y tímido que la hace aparecer una aldeanita y que oscurece sus naturales atractivos.

Gracia dijo esto haciendo un gesto encantador de coquetería, y enviando á mi marido una mirada de burla por entre sus largas pestañas. Luégo me abrazó, le saludó con la cabeza, y salió ligera como una sílfide, y recogiendo su largo traje para dejar ver una enagua de batista primorosamente orlada de encaje, y un pié enano, calzado, con increíble coquetería, con una botina de raso turco.

## XI.

### UNA GRAN SEÑORA.

Conocí que tenía en aquella mujer una enemiga formidable, tanto porque la habia ofendido negándome á toda intimidad con ella, cuanto porque estaba dotada de tantas seducciones, coquetería y descaro, que cerca de ella quedaba yo, no sólo oscurecida completamente, sino tambien completamente en ridículo.

Tal debí parecer á los ojos de mi marido, y así lo comprendí en la expresion airada de su fisonomía.

Dominábale á él la ira.

A mí el desaliento: adivinaba lo que pasaba en su alma.

Se acercó á mí, despues de haber acompañado á la Vizcondesa hasta su coche y de haber dado dos ó tres paseos por el salon.

—Dime, preguntó: ¿te ha invitado la Vizcondesa para que la acompañes al teatro?

—Sí, le respondí débilmente.

—¿Y qué has contestado?

—Te confieso, le respondí animándome, porque sólo deseaba rebajar á aquella mujer á los ojos de mi marido, que me asusté á la idea de presentarme con ella en público.

—¿Y ella habia conocido ese susto?

—Lo ignoro: yo no me cuidé de disimularlo.

—Pues has hecho muy mal; exclamó colérico volviendo á pasearse.

—¿Y qué querias que hiciese?

—Disimular; contemporizar con ella: decir si no querias acompañarla, que te hallabas enferma. ¿Sabes tú quién es esa mujer?

—¡No, ni lo deseo.

—Hay muchas cosas que no se desean saber y que es preciso saber sin embargo. Esa mujer es muy mala para enemiga. Es dura, helada, vengativa, casi feroz, cuando se la ofende. Se burlará de tí, te pondrá en ridículo con todos.

— ¡En ridículo! exclamé yo. ¿De suerte que es la maldad, es el vicio, es el desenfreno el que todo lo puede? ¿De modo que la inocencia, la virtud, la pureza de costumbres, no valen nada?

— En el mundo es generalmente la desvergüenza la que impera, si va acompañada de talento. ¡Dios mio! ¡Qué dirá esa mujer de tí á esa córte de adoradores que la rodea!

— ¿Y qué nos importa?

— ¡A mí me importa mucho!

— A mí nada: obre yo bien, y digan los malos lo que les agrade.

— Valeria, dijo mi marido, ese es un sistema estúpido, y del que te pesará!

— ¡Jamias!

— ¡Yo te digo que sí! Con él no se puede más que vivir solo.

— Viviré sola ántes que condenarme á fingir aprecio á los miserables y consideracion á los malvados.

— Sea, dijo mi marido saliendo colérico: vivirás sola, y no seré yo quien se apesadumbre por ello.

Yo quedé por algunos instantes inmóvil; el llanto acudió á mis ojos segun costumbre, y llorando estaba cuando entró Justina.

— ¡Dios mio! ¡Señora! ¡Siempre triste! exclamó ésta. ¿Cuándo dejará V. pasar las cosas sin alterarse más que por aquello que lo merezca?

Yo no quise decirle que demasiado motivo tenía para affigirme, y callé.

Me hallaba en una cruel perplejidad. Despues de lo

ocurrido entre mi marido y yo, y de su violenta salida, no sabía si disponerme para el teatro, ignorando si era él quien debía acompañarme, y si querría verificarlo. Iba ya perdiendo la seguridad en mí misma, é invadía mi carácter una timidez dolorosa y amarga.

Temia á las iras de Eduardo, y al propio tiempo le acusaba de violencia y de affigirme sin miramiento alguno.

Por fin, y como áun me hallaba en esa feliz edad en que una fiesta es la dicha, me dije que lo mejor era prepararme para el teatro, porque siendo la Embajadora persona muy amable, tal vez se tomará la molestia de venir á buscarme.

Justina arregló mis cabellos con la habilidad de que ya tenía dadas pruebas otras muchas veces: los batió, y formó con ellos rizos finos y vaporosos que rodeaban mi frente y caían por mis hombros y espaldas.

La pobre muchacha me animaba en tanto que disponia mi tocado, y me entretenia con su conversacion.

Elegí un traje elegante y rico de los que mi marido me habia enviado en la canastilla de novia; y luégo me adorné con alguna de las alhajas que poseia de mi madre, ya regalos de mi abuela, ya compradas para mí por mi marido.

Me miré al espejo, y preciso me será confesar que me hallé muy bonita.

Mis ojos brillaban; mis mejillas estaban cubiertas de un ligero sonrosado.

No me habia engañado; la Embajadora y su hija vinieron á buscarme, y mi marido las recibió en el salon

con mil consideraciones, haciéndome avisar al instante.

— ¡Verdaderamente está la Condesa encantadora! dijo aquella noble dama á la que la Vizcondesa habia tachado de vieja y fea, y que, sin ser jóven ni bonita, poseia un atractivo irresistible, que yo creo era nacido de su bondad y de su tolerancia. Vamos, querida Valeria, añadió, que yo he sido algo tardía en venir á buscar la dicha de ver á V.

Bajamos, y mi marido nos acompañó, llegando en breve al regio coliseo.

Mi aparicion hizo efecto como se suele decir, porque mi semblante no presentaba ninguno de los signos característicos de la dicha.

Aun no habia empezado la representación, y pude examinar con mis gemelos la concurrencia.

Habia muchas bellezas, pero la más encantadora, la más obsequiada, la más coquetamente prendida era la Vizcondesa de Torrefiel.

Me admiró mucho que estando su palco situado casi enfrente del de la Embajadora, ésta la saludase con mucha deferencia y cordialidad.

Luégo se volvió á mí, y me dijo :

— Querida Condesa, no le parece á V. encantadora la señora de Torrefiel?

— Sí, respondí yo, la encuentro bastante linda.

— ¡Oh, pero es temible por lo cáustica! exclamó Federica. La mayor parte de las señoras que la tratan lo hacen por temor á su lengua, que es terrible; y luégo, como tiene partido con el sexo fuerte, le cuesta muy poco poner á una en ridículo.

— Mi hija es aún una niña, dijo la Embajadora mirando severamente á la ingenua Federica. La verdad es que se trata á la Vizcondesa porque es tan bella como simpática; porque es una mujer distinguida y de talento; tiene un trato encantador. ¿No es V. amiga suya, querida Valeria?

— No, señora, le respondí.

— Debe V. sentirlo, pues hay muchas personas que ambicionan su amistad.

— ¡La amistad de la Vizcondesa! exclamé yo llena de asombro.

— Sí, por cierto, querida mia. Vea V. cómo todas las señoras más distinguidas la saludan.

— ¡Por temor á su maldita crítica! añadió á mi oido Federica. Eso es indigno, ¿no es verdad, Condesa?

Yo hice un signo afirmativo y casi maquinal. Estaba observando cómo, en efecto, la Vizcondesa era objeto de mil muestras de distincion.

Mi marido, que hasta entónces habia permanecido como extraño á la conversacion, salió despues de haber dicho á la Embajadora que iba á saludar á algunas señoras amigas.

Mi corazon latió con angustia. Un presentimiento muy triste me decia que iba á ver á Gracia.

Me engañé por el pronto. Mi marido entró en dos ó tres palcos, y al alzarse el telon, volvió al nuestro y ocupó su sitio.

— Veo, querido Conde, que tiene V. muy bellas amigas, dijo la Embajadora á mi esposo. Las damas que usted ha saludado son de las más elegantes y distingui-

das. Es verdad que no debia extrañarme que tuviese partido con las damas, cuando mi hija y yo somos las primeras en admirarle.

Mi marido se inclinó aparentando una confusion del mejor gusto y guardando silencio.

Aun veo allí á otra bella que desea su saludo y su visita de V., prosiguió la Embajadora, que no sospechaba sin duda lo que yo sufría.

—¿Y quién es? preguntó risueño mi marido.

—La señora de Torreñiel.

—No sabía yo que fuese objeto de su benevolencia; pero, sin embargo, contaba con ir á saludarla en el primer entreacto. Ahora iré con mucho más gusto, pues que V. se ha servido insinuármelo.

Yo miré á mi marido con una cólera dolorosa.

Él me devolvió una mirada severa y como amenazadora.

Esperé con sobresalto que el telon cayese, y, así que se bajó, mi marido salió y viósele aparecer, al cabo de cinco minutos, al lado de la Vizcondesa, que le dió la mano con afecto y con un movimiento lleno de coquetería.

Como la noche que fué tambien á verla poco ántes de nuestro casamiento, Gracia volvió la cabeza y me dirigió una mirada triunfante.

Yo bajé los ojos llena de afliccion, pero bien pronto los celos, el odio, la cólera, me los hicieron volver á levantar con una especie de fiereza.

La Vizcondesa, desde aquel instante, parecia olvidarse de todos los que la rodeaban: su numerosa córte

no era nada para ella; dedicóse por completo á mi marido, cuyo pálido semblante se coloreó con una expresion radiosa y feliz que yo no le habia conocido jamas.

¡Ay! aquella noche comprendí hasta qué extremo amaba él á la Vizcondesa, y adquirí la desconsoladora conviccion de que su enlace conmigo sólo habia sido un medio de reponer su arruinada fortuna.

Padecí en un instante los tormentos de un siglo, y sentí quebrantarse mi corazon de un modo horroroso.

Fascinada y como embriagándome de mi propio dolor, no podia separar los ojos del grupo que formaban la Vizcondesa y mi marido, que hablaban en voz baja, que se miraban, y cuyas cabezas casi se confundian, olvidados del mundo entero.

Dos ó tres veces vi á la Vizcondesa acercar su ramillete á mi marido para que aspirase su aroma; y en tanto yo, avergonzada de mi propio miserable papel, con el corazon atravesado por el dardo de los celos, colérica y encendida, me preguntaba si no debia la sociedad arrojar de su seno á la mujer que jugaba tan infamemente con la dicha, las ilusiones y la paz del alma de una esposa honrada y fiel.

Nadie reparaba, sin embargo, en mi dolor: la Embajadora, mujer criada y envejecida en el bullicio del mundo, tenía el corazon helado y estaba acostumbrada de sobra á las ruines infamias de los salones; tal vez le hubiera parecido ridículo mi dolor si en él hubiera reparado. Su hija, criatura débil é inofensiva, sólo atendia á los encantos de la música. Los caballeros que nos rodeaban pasaban revista con sus anteojos á las damas de los



palcos, y, sin fijarse en la representacion, contaban historias del dia y daban pábulo á la crónica escandalosa de los salones. Sola yo estaba allí agobiada de dolor y aislada en medio de tan numerosa y espléndida concurrencia, como en un desierto.

De repente se abrió la puerta del palco, y un nuevo personaje se acercó á saludarnos.

## XII.

### MISTERIOS DEL CORAZON.

Dirigí yo maquinalmente hácia él la atencion y le reconocí.

Era el Marqués de Prado Hermoso, al que yo habia visto una vez en mi casa en compañía del Vizconde de Torrefiel, y cuya bella presencia me habia llamado la atencion.

Él se acercó á mí, despues de saludar atentamente á la Embajadora y á su hija, y me dirigió la palabra, asegurándome el gusto que tenía al verme, y lo encantador que me hallaba.

Sin duda que mi aire sombrío y casi desesperado debió sorprenderle; pero tenía demasiado mundo para darse por entendido por él.

Más bien con su fino talento procuró alcanzar la causa de mi pena, y exclamó despues de haber mirado con naturalidad al palco de la Vizcondesa.

— Verdaderamente compadezco á mi amigo el Conde.

— ¡Ah, caballero! exclamé con amargura más que con prudencia; V. es por cierto demasiado generoso, pues mi marido no es, segun parece, nada digno de compasion.

Sonrióse el Marqués como lastimado de mi candidez y poca experiencia, y repuso, ansiando sin duda profundizar la llaga de mi corazon:

— Yo, señora, le compadezco sin embargo.

— ¿Por qué? exclamé. ¿No ve V. lo dichoso que parece ser?

— Justamente por eso le compadezco.

— ¿Porque es feliz?

— No, señora; porque huye de la verdadera dicha y va á buscar una cosa que vale poco.

— ¿Quién sabe, señor Marqués, si él la tendrá en mucho?

— Creo, señora, que, aunque la tenga, muy pronto se desengañará de su escaso valor: esa mujer sólo puede alucinar á niños sin experiencia ó á corazones gastados ó pervertidos, y no creo en Eduardo ninguna de las dos cosas.

Estremecíme violentamente: no creia yo en mi marido un corazon inesperto; pero temia que tuviese un corazon pervertido.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, prosiguió el Marqués:

— No, el Conde no es ni uno ni otro, y debe conocer bien á la Vizcondesa: es una jóven encantadora, pero que ha devorado á fuerza de locuras todo el prestigio